

los más gloriosos son los que más pertenecen á Jesucristo.

Mirad á la Francia: y sin dejar de tomar en cuenta sus humillaciones y sus faltas, compulsad las glorias que ha conquistado á través de catorce siglos de existencia.

Cuenta con combates de los que emana tanta gloria que es suficiente para consolarla de todos sus reveses y desastres pasados y futuros: basta con citar á Tolbiac, Poitiers, Bouvines, Rocroy, Austerlitz para no tener que envidiar á los otros pueblos de la tierra.

Vió surgir de su seno grandes capitanes, cuya habilidad y genio rivalizan con la fortuna de los más ilustres conquistadores en la historia.

Ha dado la vida á filósofos, á literatos, á oradores, que parecen haber impuesto á toda la tierra la realeza de sus pensamientos, tanto como el prestigio de su idioma.

Ha dejado á través del tiempo la huella inmortal de las más grandes empresas intentadas para el progreso y bienestar de la humanidad. Ella fué la que hizo las Cruzadas. Y se olvida demasiado esa última y generosa Cruzada, en la cual llevó su ardor y su sangre á la América, vuelto después el país más bien dotado para la libertad y el progreso.

Fué la autora y la instigadora de las grandes fundaciones; de esas que interesan directamente al adelanto moral de la humanidad: quiero hablar del papado, por el lado temporal de su institución, y de la propagación del cristianismo en los pueblos sumidos

en la barbarie y en la muerte. No acabaría yo nunca si quisiera indicar aquí nada más que todos los títulos gloriosos que la Francia ha conquistado á través de los siglos y ante la totalidad de la inmensa familia humana.

No hay territorio alguno en la tierra—¡y qué conmovedor pensamiento es éste!—donde las mieses de la gloria broten más doradas y tan abundantes como en el de nuestra adorada patria!

Pues bien, hermanos míos, ¿qué mano fué la que sembró tan divinamente nuestro suelo? ¿Quién es el autor de tanta gloria? ¿Cuál el principio generoso, fecundo é irradiante con todos esos esplendores?

Unos atribuirán esa maravillosa superioridad de nuestro país, á la elevación y penetración de ingenio. Hablarán de su osadía científica y de su poder filosófico. No creo yo que el ingenio francés, bajo ese concepto sea muy superior al ingenio de otros pueblos. Los alemanes no tienen razón al mostrar desdén cuando se les habla de la ciencia y la filosofía francesas. Pero la Francia no posee tampoco el monopolio y el magisterio del poder intelectual.

Otros, para explicar nuestro glorioso destino, harán valer el patriotismo y el denuedo de los hijos de las Galias y de los Francos. Apelarán al testimonio de todos los ejércitos contrarios, que siempre temieron, sino es que experimentaron á su costa á esa «*furia francesa*» que el mundo admira y que ha dejado en pos de ella no sabemos qué huellas de gloria en todos los campos de batalla del tiempo pasado. Hermanos míos, por no citar mas que un ejemplo de la historia, los

hijos de las Galias y de los Francos encontraron lecciones de patriotismo y de valor en la generosa España. Desde que fué sitiada y defendida Zaragoza ya no se puede permitir que se diga: «ningún pueblo es tan valeroso y tan patriota como el nuestro.»

¿Qué queda pues? ¿Será preciso atribuir el papel tan preponderante que nuestra raza ha hecho en la tierra al genio militar de nuestros generales? Bien sabéis que el más grande entre todos, el que sobrepuja y deja muy atrás á todas las eminencias guerreras del mundo, Napoleón, fué también el más completamente vencido de la tierra!

No; no en el ingenio, en el valor, en los cerebros poderosamente organizados; no es en los "carros de guerra, ni en la destreza de los ginetes, como dicen los hebreos, donde reside la fuente de la magnífica fortuna de la Francia: este afortunado destino tiene un origen más alto, más firme, más divino.

La Francia es la nación gloriosa y preponderante porque es el «paladin» de Jesucristo!

Hace algo más de cuatrocientos años, esta ciudad de Beauvais dió un testimonio aislado, y por cierto muy brillante, de la fuerza misteriosa que, durante siglos enteros, hizo, y estoy seguro de que hará todavía, la grandeza de nuestra patria.

Ya lo dijimos: la resistencia que opuso Beauvais era mísera: su lucha contra el ejército del Temerario, una locura. Por sí misma, la ciudad no era fuerte, ni siquiera se la había hecho el honor de que fuese tomada en cuenta en el plan de campaña. Si los borgoñones se detuvieron ante sus muros fué por una especie

de capricho que sugería la misma facilidad con que se podía tomar, como al paso, la patria de Juana Hachette.

Beauvais quiso no solamente resistir y morir sino obtener la victoria.

Existían entonces en esta iglesia,—y aún existen—algunos huesos ante los cuales la piedad popular vertía sus oraciones, por medio de las cuales la virtud de la Providencia derramaba sus beneficios. A fé que nadie podía suponer en el orden de las ideas humanas que aquellos ó estas fuesen un terrible instrumento de guerra. "El Sr. San Luciano y la Sra. Santa Angadrema" fueron en vida personas muy pacíficas. El uno fué obispo y lejos de derramar sangre en los combates, solo derramó bendiciones; la otra fué una humilde religiosa y lejos de haber combatido en las murallas, se quedó enterrada en las sombras y el silencio del claustro. Además, estos dos santos ya habían muerto. Solo quedaban de ellos esos despojos y á estos pedía el pueblo su salvación.

Es oportuno que recordemos que la virtud de Dios habita en las reliquias de sus Santos. La gracia de Jesucristo permanece en todos los miembros de los cuerpos que le pertenecen. Se podían repetir ante esos huesos mudos y gastados por el tiempo, las magníficas palabras de San Pedro: «Lo que hay de gloria, de «virtud, de honor, reside en vosotros!»¹ Y todo el pueblo cristiano y creyente sabía ésto. Por esto fué que la multitud se precipitó dentro de la iglesia, se

¹ I, Ped., IV, 14.

apoderó de las urnas santas y cantando himnos, multiplicando sus preces, las cargó en hombros hasta sobre las murallas. No era la Arca Santa que conducía el pueblo de Israel á la victoria: era mejor que eso: era la virtud misma de Dios que residía en esos fragmentos. Se estableció por medio de ella una comunicación milagrosa entre el poder del cielo y el espíritu de ese pueblo. La potencia invisible iba á tomar parte en el combate. Un delirio terrible se apoderó de aquella pequeña población. Cuando los antiguos veían á sus profetas agitarse sobre la tripode y perder por sus convulsiones sobrenaturales la actitud y la apariencia humana, exclamaban: "*¡Deus ecce Deus!*" En nuestro caso, el torrente divino descendía por olas muy más reales y más eficaces. Una corriente magnética, divina, una corriente sobrenatural arrastraba á aquellos soldados, á aquellas mujeres, á aquellos niños! ¡Dios! ¡Era Dios! ¡Qué queréis que pudiera hacer el borgoñense contra Dios!

Por esa vez, hermanos míos, la acción divina que se oculta casi siempre, se manifestó por manera innegable. No había modo de equivocarse sobre la naturaleza del auxilio, al que la ciudad debió una victoria inesperada. En una acta auténtica y cuya redacción no indica de modo alguno que sus autores estuviesen iluminados, la municipalidad de aquella época, imparcial, sincera y creyente, no vaciló en señalar al verdadero vencedor de esa jornada que fué—dice el documento—"Nuestro Señor y Dios," por la intercesión de la Sra. Santa Angadrema, del Sr. San Lu-

"ciano y sus dos buenos compañeros San Magencio y "San Juliano."¹

Vuestra incomparable heroína, acompañada de todo el pueblo, reconoció de un modo tan conmovedor como expresivo el origen de su denuedo y de su gloria, yendo á depositar al pié del altar la gloriosa enseña de que os manifestais tan orgullosos; y la ciudad de Beauvais, ratificó durante los siglos que han seguido, la verdad de esa unánime convicción, celebrando cada año, la fiesta que nos reúne aquí y nos hace todavía hoy palpitar de entusiasmo.

Nos queda ahora que resolver un problema:

¿Cuál es el principio conservador de la gloria?

Parece ¡ay! que ese bien tan apetecido por los hombres no es el más deslumbrador de todos, mas que para causar las más crueles decepciones.

¡Qué sublime mentira es esa que otorga la inmortalidad y promete una duración eterna á ese humo ligero y embriagador, á esa nube con que juguetean todos los vientos de las pasiones públicas y del olvido; á ese luminoso fantasma sin consistencia y sin cuerpo; á esa quimera que llamamos «la gloria!»

¿Quién puede, pues, albergar á esa frágil cosa y defenderla de los estragos del tiempo y del desprecio de la ignorancia?

Aquel que es, hermanos míos, el autor de la gloria, será también su conservador: la gloria le pertenece. En tal virtud, podemos tranquilizarnos, porque la misma Revelación nos enseña que es, aquella, de El, "por los siglos de los siglos."

¹ Deliberación de la comuna de Beauvais. 27 de Junio de 1472.

Dios conserva la gloria de sus servidores (ésta solamente le pertenece) por medio de una doble acción.

La comunica, primeramente, en su misma producción un elemento incorruptible que la pone á cubierto de todos los ataques de la envidia y de todas las flaquezas de la debilidad humana: me refiero á la humildad.

En seguida, le dá asilo, en el mundo, en la Iglesia y en lo alto de su reino: dos Panteones que están á salvo de la inconstancia de los hombres y de las injurias del tiempo.

Ha un momento, os decía yo, que era preciso no confundir «la gloria» con «el éxito:» pues todavía es menos debido confundirla con la soberbia.

El nombre de los orgullosos está escrito sobre la arena movediza é infiel del mundo. Pasa un ligero soplo y nadie recuerda ya las vanidades con que se embriagan los orgullosos.

La gloria es la más vana de las vanidades, cuando se la busca por solo ella misma: entonces es cuando es tan solo la sombra de sí misma.

Ahora bien, puede existir, existe un cuerpo, una substancia de la que es como la irradiación y en el que reside toda realidad y todo el precio ó valor de la gloria. Esta realidad se llama: "el deber."

El que es humilde no busca más que sus deberes: á éste solo le será concedida la gloria, por añadidura.

¡Qué magníficas lecciones ha proporcionado la historia en todos los tiempos á los que se engañan sobre esa verdadera noción de la gloria; y ¡cuánto se complace aquella también en «ensalzar á los humildes y «en abatir á los soberbios!»

Nuestra época no es menos fecunda en esas enseñanzas, á las cuales, su *actualidad* presta una elocuencia viva é irresistible!

¡Cuántos hombres, que se habían hecho útiles á su país, á la humanidad, á la verdad, han llegado á tocar la gloria, llegado á la codiciada cumbre! Grandes naciones, el mundo entero, los ha visto pasar por las alturas, ha reconocido sus perfiles y sus cuerpos, que se destacaban un instante sobre la luz del sol de la gloria.

El mundo entero ha aplaudido, porque se ama demasiado la gloria aquí abajo para no adorar á los que adopta por hijos suyos. Solamente que, esos insensatos, creyeron que eran más que sus hijos adoptivos. Se imaginaron que el hombre es un sér glorioso por su propia substancia.

Creyeron que los piés mortales, podían pisar por mucho tiempo el terrible y abrasador suelo de ese Horeb! No escucharon la voz que, dirigiéndose á sus debilidades, les decía como Dios á Moisés:—"¡Ten cuidado: la tierra que huellas con tus piés es santa!" Quisieron conservarse en una actitud de ídolo, en una actitud como de divinidad.

Si se hubiesen vuelto á la sombra de la que Dios los había sacado, si hubiesen sabido huir de los vértigos que provoca la permanencia muy prolongada sobre cimas demasiado elevadas para ellos; si hubiesen sabido que un día entero de gloria es ya un fardo muy pesado para la debilidad humana; si hubiesen sido humildes; no se hubiesen expuesto á las vicisitudes del mañana; hubieran apresurado su descenso, y su gloria

hubiera quedado intacta y siempre provocando los aplausos del mundo!

Ninguna voz es tan útil y tan provechosa para los triunfadores como aquella del esclavo que murmura á sus oídos estas palabras: "No te olvides de que eres hombre!" Mas uno creyó que después de una jornada de aclamaciones populares, tenía derecho para sentarse en un trono; el otro se imaginó, que después de cierta influencia eficaz que ejercía, ya se merecía todos los honores; un tercero pensó que después de una empresa, única en la historia, de modificación de las naciones del mundo, se podía con certeza comenzar á llevar á cabo otra igual. Todos se consideraban como los autores de su propia gloria: contemplando que á su alrededor irradiaba una luz, creyeron ser el principio, el foco de donde dimanaba ésta, y quisieron aumentar su brillo. . . . Dios se retiró entonces. . . . Las luces se apagaron y los pedestales de esas estatuas se derrumbaron!

"¡Cómo habéis caído, oh candelabros!"¹

La gloria de Cincinato, que se volvió á sus arados, es mucho más pura que la de César, del que son conocidas sus mentiras y sus costumbres licenciosas. El nombre de Homero se agiganta en cada siglo porque el personaje es desconocido. Sólo aquellos que saben desaparecer á tiempo no tienen que temer ni los tiros de la envidia, ni las traiciones y flaquezas de su propia debilidad.

Las democracias que se cansan de oír llamar "el justo" á Aristides, no son tan ingratas ni tan inícuas

¹ Isái. XIV. 12.

como se cree: la voz del pueblo es la voz de Dios. Y es por medio del pueblo como Dios se complace entonces en recordar al cuerpo de polvo, de los grandes hombres que «El es el solo Santo, el solo Maestro, el solo Altísimo.»

Dejadme por un instante que fije mis miradas sobre la ideal heroína de esta fiesta.

¡Ah, sí! en ella se encuentra lo que la honra y la eleva sobre todas las celebridades ruidosas y comunes á las que demasiado fácilmente concedemos nuestros encomios: la gloria no la embriagó.

Luego que dió cima á sus grandes hechos, dió gracias á Dios y se apresuró en volver á su oscuridad. Había cumplido sus deberes en las murallas, y volvió á su hogar para cumplir sencillamente otros deberes. ¡Cuántas mujeres en el siglo XIX se habrían creído llamadas, cuando menos, á desempeñar un papel en la sociedad, á perorar en los clubs, á mostrarse en público, á llenar páginas enteras en los periódicos, aún á solicitar los votos populares! Juana, que era una cristiana admirable, tanto como una valiente jóven de Francia, se volvió á su hogar, al seno de su familia á su humilde oscuridad.

Nadie sabe el nombre que tenía cuando murió; se ocultó tras de sus modestas funciones de esposa; estimó que, después de haber adquirido una gloria imprecadera ante los hombres, nada mejor tenía que buscar que la gloria eterna, con la cual Dios recompensa á los que le sirven aquí en el mundo, con paciencia, en modestas labores y en la humildad de la vida cristiana.

Poresto es por lo que la envidia jamás podrá morderla. Nada hubo de revelar con una acción demasiado prolongada las debilidades y defectos que son inherentes á la naturaleza humana y que ocasionan el derrumbamiento de todas las glorias destinadas á perecer.

Esa humildad es también para nosotros una dulce garantía, de que Dios ha abierto las puertas de su eterno palacio á esa hija del catolicismo y de la Francia, que hizo tan gloriosa en la tierra.

Entre tanto, sus recuerdos y su nombre están confiados á la más fiel de las memorias, á la más eficaz de las protecciones. La Iglesia vela sobre esa herencia tan honrosa para nuestra fé y para nuestro patriotismo. Los corazones de las madres jamás olvidan, sus labios enarran sin cesar. La Iglesia es una madre. Juana Hachette nunca será olvidada.

Así, pues, hermanos míos, alegráos dos veces á la vez: una por el pasado y otra por el futuro.

Os conmovéis hoy: soisdichosos, os sentís orgullosos: repetís con satisfacción ese nombre que han aclamado ya cuatro siglos y que llega hasta vosotros tan intacto, tan sonoro, como en el primer momento de su gloria. ¡Pues bien! estad seguros de que dentro de cuatro siglos y muchos más, será lo mismo. Diré más: los grandes nombres cristianos no sólo son inmortales, sino que, semejantes al sol levante, suben sin parar, cada vez se engrandecen más: el Espíritu Santo lo profetizó así: «La vía de los justos cada vez se dilata más, «se ilumina con mayor luz hasta la plenitud del gran día.»¹

¹ Prover. IV. 18.

La gloria que dá la Iglesia es tan penetrante y fecunda que se estiende más allá de la misma Iglesia y se oyen sus himnos fuera de sus recintos.

Me perdonaréis que no piense tal vez precisamente como vosotros—¡vengo de tan lejos!— pero me parece que la fiesta exterior celebrada sin vosotros fuera de esta catedral, constituye para vuestra heroína y para vosotros mismos un homenaje incomparable.

He visto un estandarte victoriado llevado en triunfo. ¿De dónde se tomó ese estandarte?

De los piés de este altar. . . .

Escucho las salvas de artillería, los cánticos triunfales. . . . ¿cuál es el suceso cuya conmemoración se celebra con tanto entusiasmo?

¡Un milagro!

No os quejéis, pues, hermanos míos; y en lugar de lanzar anatemas contra vuestros hermanos disidentes y ahondar más el abismo que os separa, regocijáos con el común sentimiento de patriotismo, que obliga á nuestros compatriotas incrédulos, á solemnizar una gloria que pertenecería más á la Iglesia que al mismo país, si podemos dividir en dos partes ese sentimiento único que constituyen en nuestros corazones el patriotismo y la fé!

Monseñor:

He aquí lo que, me parece, es gloria: á mil kilómetros de aquí, y puedo decir, que en consecuencia en toda la Francia, se dice y se repite que la Providencia está resuelta decididamente á derramar el colmo de la medida de sus glorias y venturas sobre esta hermosa

Iglesia de Beauvais. Después de los grandes y buenos obispos que se llamaron San Luciano, Juan de Bar, y para llegar pronto al último, Monseñor Péronne, del que yo mismo he aprovechado las bondades, hé ahí que la Sede de Beauvais es heredada por un pontífice, sobre el cual todo el clero de Francia tiene vueltos los ojos porque todo ese clero los tiene fijos en el porvenir.

Sí, Monseñor: mientras más perturbados son los tiempos, mientras más se complican las circunstancias, y más crece la ansiedad ante los problemas árdulos que se ierguen actualmente, más, igualmente, se ama á aquellos que van á la cabeza del movimiento del que todos esperan la salvación. Y en verdad ¿quién se atrevería á decir que vuestra ilustrísima persona no marcha al frente de ese movimiento hácia un porvenir mejor? ¿Cuál es el Obispo en Francia, después del ilustre Cardenal que todavía llora nuestra iglesia, que se haya colocado más resuelta y deliberadamente bajo las irradiaciones del astro Pontifical, de donde debe de venir la salud?

Bien sé que la lucha es todavía ardiente entre los salvadores y los que piden salvarse sin aceptar los medios necesarios; pero las esperanzas son tanto más grandes cuantas mayores virtudes hay en el uno y el otro de los contendientes. Por una y por otra parte habrá gloria: ahí para la abnegación que triunfará; allá por una fidelidad á la cual no se podrán rehusar los encomios que merece.

Entre tanto, Monseñor, que se hace esa grande reconciliación en el país, esta población de Beauvais es-

pera que vuestra sabiduría y vuestra bondad suprimirán las barreras levantadas entre los que hubieran debido permanecer siempre unidos; y que muy pronto la fiesta del "Asalto," el nombre de Juana Hachette y el estandarte de 1472, reunirán á todos los hijos de esta ciudad, reconciliados en un mismo sentimiento de entusiasmo patriótico y fraternal.

¡Amén!

FIN